



Dib. SANTILLANA.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid  
—Las hermanas Calero van a dar un concierto. La mayor tocará en «la» menor y la menor en «la» mayor,





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

#### ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 603. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Lima)

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL  
DE  
FUMAR

# BAMBÚ



LOS TAMOS  
POLVO INSECTICIDA  
**LEYER y COMP<sup>a</sup>**  
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA  
CLASE DE INSECTOS





# SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

19.—Un éxito atroz

DISIS  
LA  
VION  
FELPUDO

20.—¡Vaya una chica!

PALO  
500  
OPERA  
MI CHISPA

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE  
DICIEMBRE

SORTEO DE PREMIOS

- 1.º Un bonito dibujo de uno de nuestros colaboradores, con cristal y marco, a doña María Isabel Urzola, de Valencia.
- 2.º Una pluma stilográfica a D. Luis Orgado, de Albacete.
- 3.º Dos magníficas novelas, a D. Jesús Sanz, de Pineda de Transmonte.

Los agraciados podrán recoger los premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE  
ENERO

SOLUCIONES

1. Ese estúpido.—2. En trenes rápidos.
3. Panorama.—4. El amílico iguala a unos con otros.—5. Una pequeña parte.—6. Comisarias.—7. Por la Navidad y el lotero.—8. Al desenlace final.—9. Unas desgracias.—10. Fariseo.—11. Sotabarba.—12. Victoriano.—13. Los trabajos de Hércules.—14. Una bellaquería.—15. Con numerosos agasajos.—16. Un mal español.—17. Servidora de usted.—18. Pero ya te agarraré.—19. Pegaso.—20. En la notaría.—21. Librería.—22. Adela.—23. Vive separada de su marido.—24. Estoy cohibido entre tanto personaje.—25. Si V. encuentra un cuarto, aviseme.—26. Murió sin testar.—27. Está fuera de la corte.—28. El es mayor que yo.

XX

21.—Lo están Alemania y Austria



SOMBREROS  
BRAVE  
6·MONTERA·6

XX

**DEPILATORIO  
VITA**

Depilación segura, rápida y completamente inofensiva del vello y pelo superfluo que tanto afea a la mujer.

De venta en Perfumerías  
A. R. OLIVE, Cuesta de Santo Domingo, 2  
MADRID

De las 10.404 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas por los "pierreztiempistas" siguientes:

- 1, 2 y 3. Pilar, Consuelo y Fernando Salvo, de Melilla.—4, 5 y 6. Mercedes, Marichu y Adelita Peyrona, de San Sebastián.—7. María Irureta, de San Sebastián.—8. Luis Florit, de Castellón.—9. Dolores Serrano, y 10. Luis Orgado, de Albacete.—11. María Luisa Viñuela, de Hinojosa.—12. Víctor Gómez.—13. Pilar Martínez.—14. Carmen Tundidor.—15. Alfonso Rodríguez.—16. Francisco Gómez.—17. Rita Sánchez.—18. María Fernández.—19. Antofita Ras.—20.

A M A O S

22.—Un alto cargo

Oculto la plata de  
México

- Matilde Cortés.—21. Amalia Gimeno.—22. Pepita Castro.—23. Francisco Pacheco.—24. Manuel García Reyes.—25. María Luisa Eguía.—26. Gonzalo M. Armero.—27. Asunción García.—28. "Cachaneja".—29. Manuel Cano.—30. Amparo Fernández, de Madrid.—31. Paquita Ovelar, de Torres.—32. Conchita C. Sánchez, de Soria.—33. Virginia Aguirre, de Sigüenza.—34 y 35. Juan y Manuela, B. H., de Alcorcón.—36. Luis Polo, de Alcalá.—37. Serafín Bárcenas, de Guadalajara.—38. Agapita Alcobendas, de Orense.—39. José María, de Granada.—40. Carlos Atienza, de Sevilla.—41. Conrado Aparicio, de Valencia.—42. Esther Martínez, de Santander.—43. Dolores Correa, de Pontevedra.—44. Rosarito Díaz, de Cáceres.—45. Angelita Vicente.—46. María del Carmen Sánchez, de Ciudad Real.

El sorteo de premios del Concurso de diciembre se celebrará en nuestra Administración, a las seis de la tarde del próximo día 1.º de marzo.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero



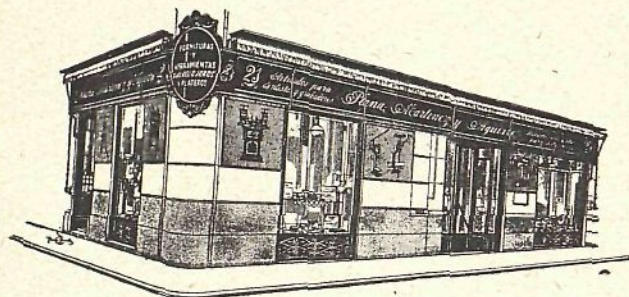


**EMBROCACION  
"HÉRCULES"**

LINIMENTO suave y limpio  
Cura REUMA, DOLORES,  
GOLPES, CONTUSIONES,  
LUMBAGO, ETCÉTERA.

Unico producto español que es fá-  
cil y absorbible por la piel, de-  
jándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farma-  
cias y Centros farmacéuticos  
Autor: G. Fernández de Mata  
La Bañeza (León)



Vista exterior del magnífico establecimiento, dedicado a la  
venta de fornituras, herramientas finas para relojeros, plateros,  
dentistas, etc., propiedad de la prestigiosa razón social PLANA  
MARTINEZ Y AGUIRRE, instalado en Carmen, 21, y  
Galdo, 2, recientemente reformado.



PEDID SIEMPRE

# TAP-SOT

El primero y mejor

## FIJADOR

para el  
cabello

### EN PERFUMERIAS

## TRICOPILO ESTRAGUES

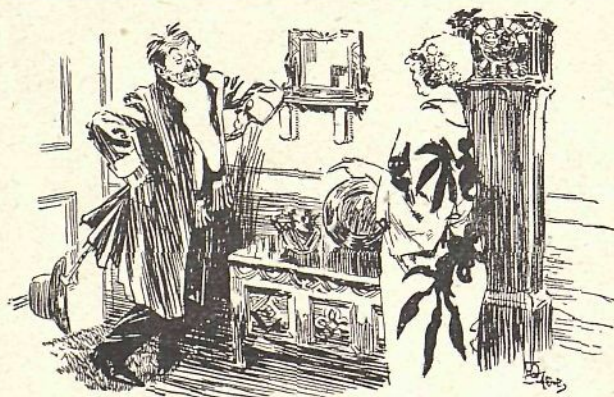
Usandolo dejara de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras  
perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12,  
BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumería, contra giro  
postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

## PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



De The Passing Show.  
La mujer (al marido que vuelve de madrugada).—¿Dónde has  
estado toda la noche?  
El marido.—Estaba en el Club con Jones y Brown hasta la una  
y acompañé a los dos a sus casas. Volví al Club y no había na-  
die que pudiera acompañarme y me quedé allí toda la noche.

## BUEN HUMOR lo vende en la ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE  
La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135  
y  
Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62  
HABANA

**TAPAS** para encuadernar colecciones  
semestrales de

## BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario a  
tres pesetas una. Se envían certificadas si al remitir el  
importe acompañan 0,30





## CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

**A**BELARDO SOLAPADO. MADRID. — La receta para enamorar a las mujeres difíciles, es más difícil que las mismas mujeres; pero un sabio adivinador noruego ha encontrado una, con la que creemos fundadamente que se puede conseguir algo.

La receta es ésta:

Un filtro, con hipocritato de esmerancio y cloruro de sodio, 200 gramos.

Agua de Colonia, 40 frascos.

Pasta mineral barcelonesa, 3.000.000 pesetas.

Automóviles Fiat, 3 coches.

Baño, ascensor y calefacción, cantidad discreta.

Si con esta receta no tiene usted éxito, es que es usted un desgraciado; y si no puede usted emplear esta receta, es que se queda usted sin señora como yo me quedé sin pelo en un momento de infortunio irremediable.

**JUANITA PENDINGUE. VALLADOLID.** — Sí, señorita. Nosotros conocemos un ave que no vuela.

¿Que no lo cree usted?

¿Que esto es una broma, procedente de la inmundicia desprecupación con que se redacta este semanario?

¿Que es absolutamente imposible que haya un ave que no vuele?

¡Pues la hay!

¡Sí, señorita de nuestra alma; ¡Sí, incrédula y bella vallisoletana! ¡Sí, mórbida criatura sin fel! ¡Hay un ave que no vuela!

¿Quiere usted saber cuál es?

Pues es el pollo asado...

Ahora bien: como usted cometa la ingenua imprudencia de servirnos uno, es fácil que nos lo comamos volando.

Pero eso no destruye ni un ápice de nuestra primera y gravísima afirmación.

El pollo asado no vuela.

Lo dejamos sentado para siempre.

**DONATO PESTINO. ORENSE.** — Si usted insiste en suicidarse, no vamos a tener más remedio que recomendarle el mejor sistema que conocemos para diñarla con absoluta facilidad.

Es el siguiente:

Coja usted veinte discos de gramófono de los más usados que encuentre. Métalos en una cacerola de aluminio, llena de agua hirviendo, y procure que se disuelvan los discos en cuarenta minutos. Cuando vea usted que no se disuelven, se enfadará usted mucho y

acabará usted por aborrecer la vida que tantas contrariedades nos proporciona. Y entonces, cogerá usted un revólver y se atizará usted un durísimo tiro en el parietal que le coja más cerca.

El sistema es infalible. Ya lo verá usted. De cien veces que se ha empleado, no ha fallado más que una, y eso porque el que falló fué el revólver; que si no, ni ésa.

**CLEMENTINA COLAPUIG. BARCELONA.** — Los ratones, ilustre y encantadora amiga, no se cazan con escopeta. Seguramente, el error de usted proviene de que la habrán dicho que se cazan con gatillos.

¡A que sí es eso!

**HERMOGENES ESCOBEDO. SAN SEBASTIAN.** — Parece mentira que, siendo usted periodista, no se dé cuenta de ciertas cosas. ¿Cómo quiere usted que la banda municipal de Madrid le agradezca a usted que la haya dado un bombo?

¿No ve usted que ya lo tenía?

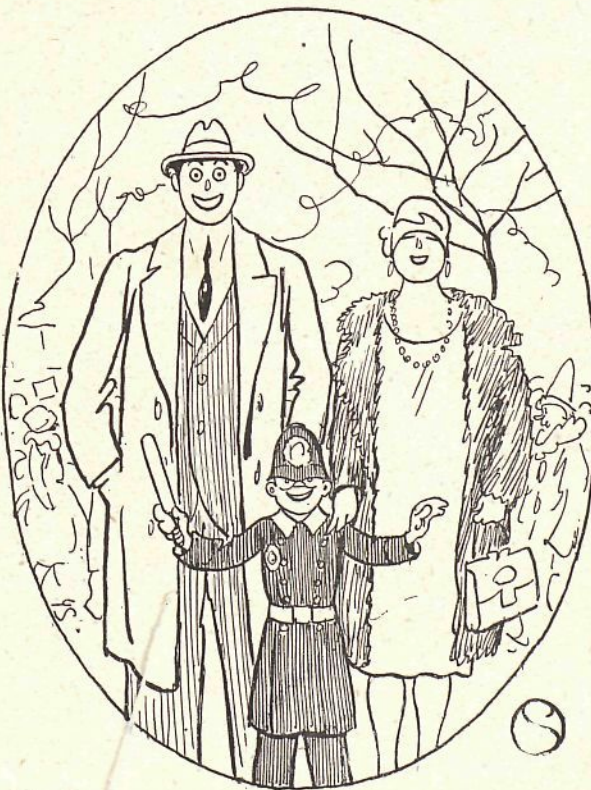
Si la hubiera usted dado una pianola o una gaita, es cuando tendría usted derecho a que su gratitud fuese enorme e imprecadera.

¿Por qué no ha hecho usted eso, infeliz compañero?

Las equivocaciones se pagan siempre, lo contrario que los trajes a la medida.

**SINFOROSA. BUTIBAMBA. CARTAGENA.** — Si es usted ama de casa, para limpiar los cubiertos de plata emplee usted bicarbonato, limón, un cepillo de raíces blandas y una gamucita de lo más suave.

Ahora, si es usted criada, lo mejor para limpiar los cubiertos de plata es aprovechar un



Dib. SILENO.—Madrid.



descuido del ama y abrir el aparador rápidamente.

Y con eso, y con salir corriendo, es innegable (y nadie dirá lo contrario), que los ha limpiado usted a conciencia.

GERARDO PERIFOLLO. PAMPLONA.—Nos han asegurado, bajo palabra de honor (aunque nosotros no respondemos de la autenticidad de la aseveración), que el ilustre novelista Hoyos y Vincent, escribe sus novelas en cuclillas.

Es una producción de

**LOS PERFUMES DE TASARA**

**OROCREMA**  
FAMOSO JABÓN DE ALMONDRAS  
**ÚSELO Vd!**  
Es el mejor tratado de belleza de la piel

BADALONA



Y dicen que por eso le salen las cosas que le salen.

Por supuesto, nosotros creemos que esto es una calumnia.

Una calumnia pestilente.

Lo que no es una calumnia es que las susodichas novelas están encuadradas con una pasta buenisima, pero que es mucho más buena la pasta de los que se las leen.

Esto sí lo juramos, por Buda, por Confucio, por Alá y por aquí.

ERNESTO POLO

## MARINISTA, EL FUTURETTI

Nos ha dado Marinetti conferencias abundantes  
poco antes  
de los días del confetti,  
es decir, del Carnaval.  
¿Qué es lo que predica el hombre?  
¿Velocidad general?

Pues, aunque a todos asombre con aquello que predique, yo no he de andar más aprisa; y aunque alguno me critique porque estoy tomando a risa cosas que le han dado fama, yo en serio tomar no puedo (porque no me chupo el dedo) que para hacer el retrato de una dama, se mezclen a un aparato de cazar moscas y a un gato, dos sombrillas del Japón, tres manchas de pimentón, la Luna, el Sol, un zapato, dos mitras y un biberón.

Si las gentes le jalean, inconscientes, en su continuo vaivén, hace Marinetti bien, aunque lo trastorne todo.

¡De algún modo hay que apartarse del vulgo! Mas yo, lector, no comulgo en su labor futurera y me río de sus cosas, aunque tienen de graciosas



Dib. FUENTE.—Madrid.

El músico.—¡Caramba! ¡Llevo tocando dos horas la "Nana" en el trombón y este niño sin dormirse!

lo que yo de bayadera.

No obstante, si yo quisiese cultivar el futurismo porque se retribuiese con largueza, para retratar aquí a un héroe del fascismo que quitase la cabeza, pintaría un sinapismo...

o algo así; y quizás, forzando el estro poético, muchos días, caro lector, me verías largando a diestro y siniestro terribles futurerías.

Ayer, pensando en el tal apóstol pseudo-genial, pregunté a Ketty Lasarte:

—Dime, ¿tú qué eres en Arte?

—¡Futurista!—exclamó Ketty.

—¿Cómo?

—Adicta a Pepe Muro, que hace tiempo es mi futuro... con perdón de Marinetti.

Y aquí, buen lector, termino, pidiendo al Dios de Israel

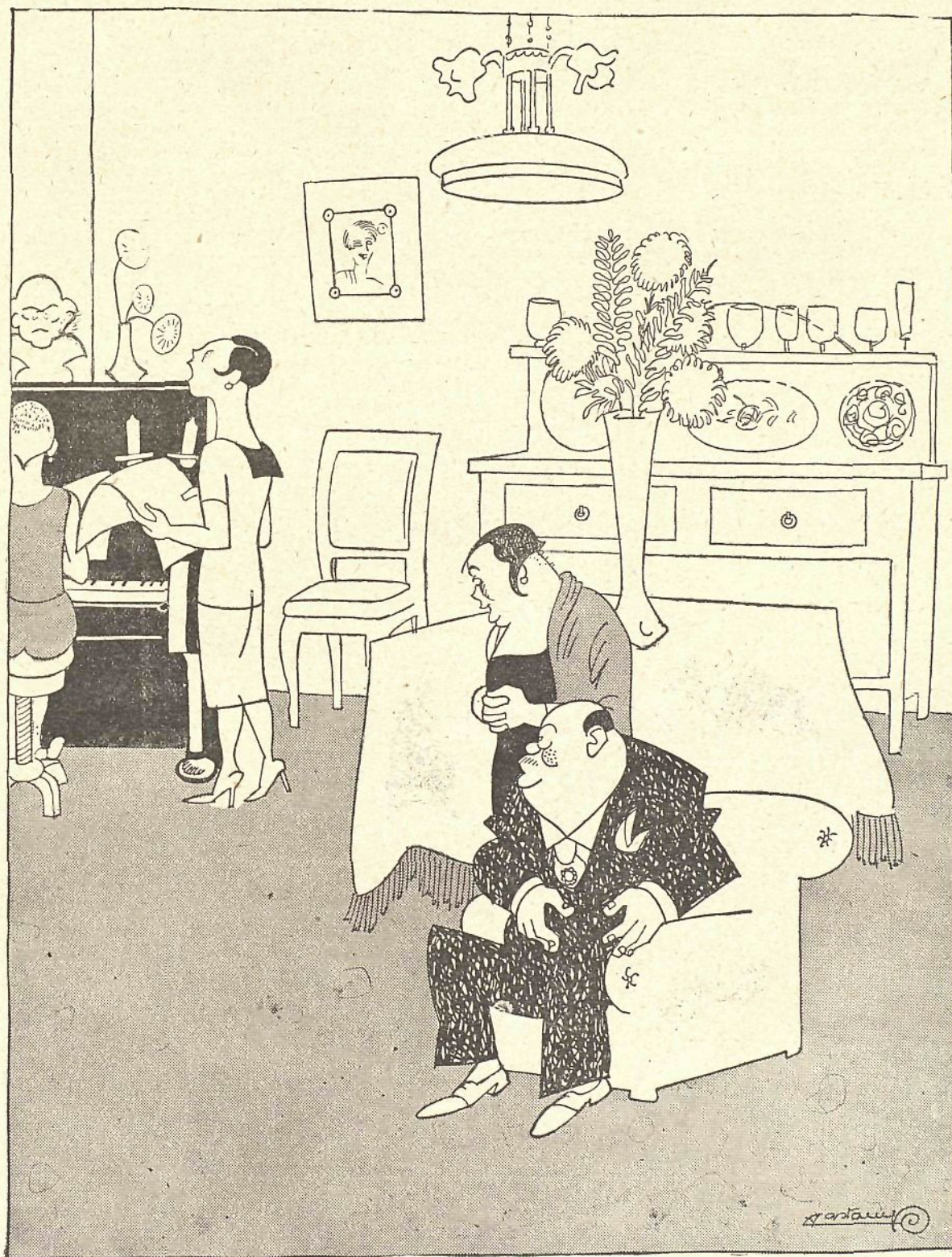
(uno y trino) perdón para todo aquel que diga en serio (¡infelice!) que Marinetti le place, aun sin saber lo que él hace ni comprender lo que él dice.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en México, don Nicolás Rueda

:-: :-: :-: :-: Calle 2.ª Victoria, núm. 33, Librería :-: :-: :-: :-:





Dib. CASTANYES.—Barcelona.

—¿No te parece que las niñas cada día adelantan más en el canto?

—Evidente; al principio no se quejaban más que los vecinos; hoy se queja ya todo el barrio.



# Danza macabra

Si BUEN HUMOR no fuese un periódico esencialmente cómico, alegre, dicharachero y festivo, se vería en la actualidad en un grave apuro.

¿Por qué?...

Porque tendría que dar una *amplia información* de todas las muertes de personajes célebres, que, por desdicha de todos, han ocurrido recientemente.

Por fortuna nosotros nos hallamos al *margen* de tan tristes menesteres; y sobre tan macabros asuntos, *echamos tierra*.

Pero en verdad nos apenas pensar en el trabajo de nuestros colegas informativos. Realmente no hay derecho a que los Genios mueran tan continuamente, sin dar el menor respiro a reporteros

artísticos, literarios y fotográficos.

Durante las pasadas semanas fué tanta la labor acumulada sobre los redactores de ciertas "Revistas Gráficas", que estos hubieron de nombrar una "Comisión" encargada de visitar a los altos *prestigios*, ya consagrados y de avanzada edad, para preguntarles, hábilmente, la fecha en que pensaban rendir su alma a Dios.

Razonaban los periodistas su extraña pregunta con el argumento de que una coincidencia de fechas, o una repetición asidua del óbito, produciría grandes trastornos a la Empresa del periódico, al público, y a los misinos *interesados* (u séase, *fiambres*).

Al principio, quedaban los futuros in-

*mortales* un tanto impresionados; pero, poco a poco, se convencieron algunos, dando palabra *aproximada* de la época en que pensaban dejar este pícaro mundo.

Los *políticos antiguos* fueron los que más se resistieron a morir en hipótesis. Se comprende.

Las *grandes figuras* de los *partidos* que fueron *de turno*, expresaban su esperanza de adquirir mayor gloria aún volviendo a gobernar; y no admitían, ni en broma, el supuesto de su muerte física.

Jefe liberal hubo que, al ser interrogado, dijo que *aun había de tardar largos años en estirar la pata...*

Y nada digamos de los conservadores. Los conservadores, como es natural, están en *conserva*; o dicho de otro modo: "muy bien *conservados*"; y no hay quien les haga comprender que *ei mejor día*, pueden dejarnos, siendo preciso para entonces tener preparados los artículos *necológicos*, y revisado el *archivo* fotográfico con ánimo de hallar lindos *clichés* de cuando el personaje se hallaba en la lactancia, si es que todavía no sigue mamando.

En realidad, tienen razón nuestros queridos compañeros. Una de estas tristes *informaciones* saldrían mucho mejor, si el futuro muerto avisase *un mes antes*. Todos a un tiempo, y por sorpresa, es imposible. Y de ahí proceden las prisas, y los viajes en avión, y los *pisotones* que han de sufrir los "informadores" en *sus trabajos*, y en sus *pies*.

En fin: por ahora tan sólo cuenta la citada "Comisión" investigadora, con tres ofrecimientos *en firme*.

No cometeremos la felonía de decir sus nombres. Para estas cosas de los muertos tenemos un gran respeto y bastante mejor gusto que Valle.

Únicamente diremos que se trata de un académico, un autor dramático, y un general, bastante viejos los tres.

Pero no decimos ni una palabra más. Porque no vamos a abrir un "Curso" para ver si nuestros lectores aciertan los nombres. (¡Sería horrible!)

Y por que, a lo mejor, se vuelven atrás.

LUIS DE TAPIA



Dib. Gec.—Turín.

—Cada día pierdo más la vista. ¡Estoy desolado!

—¿No te ha dicho el médico que uses anteojos?!

—Sí; pero es que para no gastarlos no los uso más que cuando estoy delante de gente.



## El baile de la Universidad de Clib

Todos los alumnos de la importantísima Universidad de Clib (Estados Unidos) recibieron aquella mañana una circular citándolos en el salón de actos a las tres de la tarde.

Como un clavo, o para mejor decir, como mil trescientos veintisiete clavos, los mil trescientos veintisiete alumnos de la importantísima Universidad de Clib (Estados Unidos) asistieron a la reunión. Y cuando menos lo pensaban, el rector Mr. semicírculo Fyrlanson hablóles así:

—Jóvenes amigos míos, adolescentes epígonos del templo de Minerva—to-sió, miró al techo y se dispuso a abordar el tema—. Jóvenes amigos míos, repito—volvió a toser, volvió a mirar al techo y volvió a disponerse a abordar el tema—. Por primera vez desde que existen las Universidades, esos centros del saber en que se cuece el ánimo de las civilizaciones... —abrió una pausa para que los alumnos tuviesen tiempo de aplaudir tan hermoso párrafo, pero en vista de que transcurrieron treinta y cinco minutos sin que el auditorio hiciese otra cosa que bostezar, rectificar los lazos de la corbata y releer las informaciones deportivas de los periódicos, decidióse a proseguir, no sin antes volver a toser y volver a mirar al techo—. Seré breve—. Habló durante cuarenta minutos más, elogiando la aplicación y la asiduidad de los alumnos, a los que, usando un símil originalísimo, comparaba a las hermanas, estableciendo una curiosa diferencia entre éstas y las cigarras, que pasan su tiempo cantando y sin prepararse para el porvenir. Después de estos párrafos, en los que demostró sus profundos conocimientos de zoología y de batracomiomaquia, y tras hacer otra pausa sin resultado triunfal, resumió—: Para premiar vuestros desvelos, ¡oh, jóvenes amigos míos!, hemos acordado celebrar el domingo de Piñata, en el Paraninfo de esta iglesia de la cultura, un gran baile universitario en el que podréis lucir vuestro ingenio imaginando vistosos disfraces. ¡Que os divirtáis, pollitos! He dicho. ¡Ah, se me olvidaba! Habrá abundancia de chicas bonitas. Vuelvo a decir que he dicho.

El rector, entonces, dió media vuelta para marcharse, pero le sorprendió una ovación de los alumnos. Sin

duda era la que antes esperaba, que hacía ahora su aparición con algún retraso.

\*\*\*

El baile había sido anunciado para las diez en punto de la noche, pero a las nueve estaban a la puerta todos los alumnos formando cola para entrar. Cuando llegó el rector, a las diez y media, apenas si por el gran salón podía darse un paso.

Mr. semicírculo Fyrlanson se entretuvo en observar los distintos mode-



Dib. CARMONA.—Málaga.

*El hombre que juró a su mujer que no fumaría más que un puro al día.*

los de máscaras. Innumerables alumnos habíanse vestido de partido de rugby; cinco muchachas reproducían otras tantas raquetas de tenis. Había ochenta y cuatro disfraces de dados de póker, treinta y dos de mesa de billar, uno de gramática francesa, ocho de polvos insecticidas, catorce de saxofón, veinte de aparato de radio, dieciocho de vermouthe con anchoas, dos de ciudadano de Nueva Jersey, uno de director de películas y ya en plan de celuloide infinitos cow-boys, Glorias Swansons y Rodolfos Valentinos.

Gracias a la ley seca, los licores costaron mucho más dinero que el normal, pero todos los asistentes se emborracharon, cumpliendo así la primera obligación de los bailes de máscaras.

Como las caretas formaban parte integrante de los disfraces, el anónimo de todos daba lugar a bromas muy divertidas, algunas de las cuales fueron tan extraordinariamente graciosas, que acabaron en la Casa de socorro.

El disfraz que más llamó la atención fué el de un alumno que aparecía vestido de expreso de Arizona. Todas las muchachas se le disputaban, y se vió negro para, zafándose de las demás, poder bailar con una sola. Eligió para este agradable deporte a una damita disfrazada de noche de luna en el lago Michigán, y con ella en los brazos empezó a contorsionarse siguiendo el espiritual ritmo de un black-bottom.

—¡Puaf!—fué lo primero que dijo al iniciar la danza.

—¿No le gusta a usted el baile?—preguntó su pareja.

—¡Ya lo creo que me gusta! ¡Como que me parece mentira que al rector, que es un animal, se le haya podido ocurrir una diversión tan agradable!

—¡Hombre! El rector...

—¡No me diga usted nada! Está usted tan convencida como yo de que es muy bruto.

—Le diré a usted...

—Sí, sí... Me he quedado corto en el adjetivo, ¿verdad?

Ella se separó bruscamente del expreso de Arizona, y pisó a varios bailarines. En seguida exclamó:

—¡Señor mío! ¿Sabe usted quien soy yo?

—No, señorita.

—¡Pues soy la hija del rector!

El expreso de Arizona palideció.

—¿Y usted? ¿Sabe usted quien soy yo?

—¡No!

—¡Pues no puede usted figurarse cuánto me alegro!—y el expreso de Arizona describió una curva y, a ciento veinte por hora, corrió hacia la vía pública.

No hubo más incidentes.

CARLOS FERNANDEZ CUENCA

**ALBERTO** Pulseras de pedida  
7, CARRETAS, 7,



# UN CRIMEN POR CORTESIA

Si aquella hermosa mañana de abril yo hubiese tenido en el bolsillo del chaleco una cantidad algo superior a la que tenía realmente, es muy probable o casi seguro, mejor dicho, que no hubiera tenido necesidad de comparecer ante un Tribunal de justicia, acusado como autor del asesinato de la familia del señor Suárez. Y es muy probable, también, que no me hubieran condenado a muerte.

Pero lo extraño de este crimen—en el que no niego mi intervención ni mucho menos—es que yo lo cometí por galantería. Sí, señores; por galantería, ¡así como suena! Y en un país como el nuestro, donde las gentes educadas abundan poco, es casi seguro que a nadie se le puede alcanzar la razón de cómo se puede asesinar por este motivo a una familia, y más si esa familia la forman siete personas que fueron íntimas amigas de uno.

Pues bien, para demostrarles a ustedes la certeza de lo que digo, voy a referirles la historia de mi crimen. Allá va:

Los señores de Suárez eran amigos de mis padres, una de esas amistades que comienzan en una clase de párvulos y no se extinguen hasta que uno de ellos se acerca al otro mundo. Una

de esas amistades que conocemos con el nombre de “toda la vida”.

Los señores de Suárez fueron los que, una vez muertos mis padres, se portaron conmigo con un corrección y una delicadeza verdaderamente encantadoras. Ellos fueron los que lograron con su influencia mi ingreso en el “Asilo de jóvenes biliosos”, de Soria; ellos los que al salir de allí me colocaron en aquella oficina donde por doce duros al mes tenía que estar diez y seis horas diarias encima del pupitre; ellos los que al darse cuenta de que no tenía paraguas me regalaron una capucha de hule, y ellos, finalmente, fueron los que al comprender que se acercaba la época en que debía ser soldado tuvieron la filantrópica ocurrencia de obsequiarme con una boina *ad-hoc* para el uniforme único. Comprenderán ustedes, pues, que yo les estaba muy agradecido.

Por eso, al enterarme de que Suárez padre se hallaba en cama, gravemente enfermo, a consecuencia de un fuerte ataque gripal, me faltó tiempo para acudir a su lado y prodigarle palabras de consuelo. Y cuando el médico, después de aquellos circunloquios más o menos hábiles y de llevarse la mano seis veces segui-

das a la guía izquierda del bigote, nos hizo saber que desconfiaba de salvarle, yo me estremecí de pies a cabeza, y aun noté que se me erizaba el rabito de la boina a consecuencia de la impresión recibida.

Dos días más tarde la señora de Suárez cayó en cama aquejada de la misma enfermedad de su esposo. El médico la contempló durante largo rato con el entrecejo enormemente fruncido. Yo, no sé por qué, tuve un doloroso presentimiento.

La semana siguiente cayeron enfermos los dos hijos mayores y la cocinera de la casa; cuarenta horas más tarde, todas las personas de la familia estaban acostadas y con la misma enfermedad. ¡No quedó nadie sano!

Yo les cuidé como un hijo cuidaría a su padre, como un hermano cuidaría a su hermano y como un primo segundo cuidaría a su primo segundo. Y cuando el galeno se acercó a mí y me dijo que no se salvaría ninguno, yo comencé a llorar tan desesperadamente que, para no inundar la casa, hubo necesidad de dar salida a mis lágrimas por uno de los canalones de la fachada.

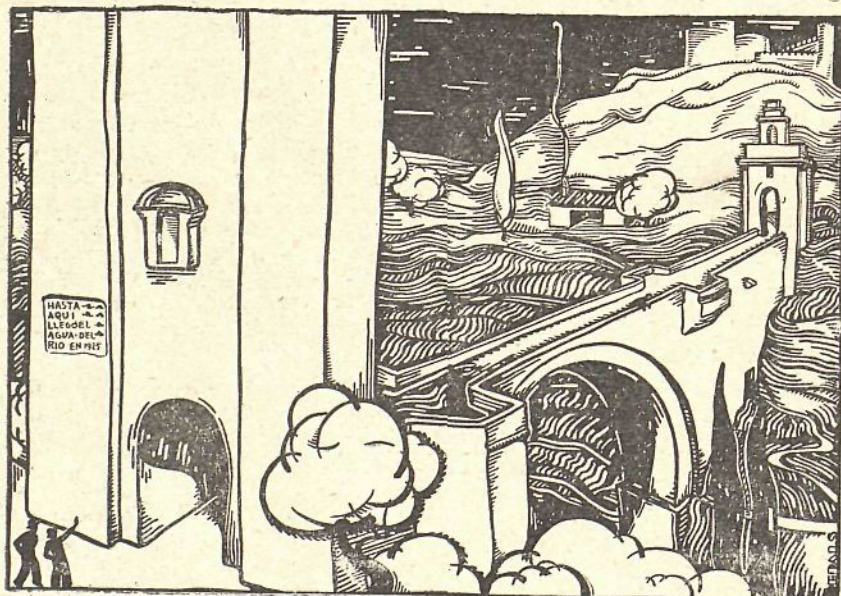
Ví pronto que el médico tenía razón y que todos estaban muy graves. El padre ya había entrado en el período agónico y la madre tardaría en hacerlo unas horas. Y en cuanto a los hijos...

Entonces fué cuando me di cuenta de la tragedia. ¡Yo no tenía en el bolsillo más que la irrisoria cantidad de cinco pesetas! Es decir: la cantidad escasa para tomar un coche hasta el cementerio. ¡Y seguramente iba a tener que ir siete veces distintas! No podría, pues, acompañar al cementerio más que a uno solo de ellos. Y aquello me pareció una ingratitud. ¿Cómo arreglarlo?

—Puesto que todos van a morir—pensé—, lo mejor será procurar que fallezcan todos al mismo tiempo. Y esto es fácil de conseguir...

No lo pensé más. Rápidamente cogí una pistola y uno por uno fuí disparando sobre los enfermos.

Al día siguiente, por un duro, les acompañé a todos hasta el cementerio.



Dib. PERALS.—Madrid.

—Esa turquesa que me ofrece usted, ¿tiene alguna virtud?

—Indudablemente. Si se cae con ella puesta desde lo alto de ese puente usted se hace mil pedacitos, mientras la piedra quedará entera y sana.

MANUEL LAZARO



## Sucesos pasionales

## Una niñera sentimental

*Al fuerza de dar abrazos,  
la Venus perdió los brazos.*

LENINE.

Es el parque del Oeste lugar encantador, cuyas frondosas alamedas se muestran acogedoras para idílicos paseos.

A este sitio concurre todos los días Sinforosa. Sinforosa es una niñera gentil, vivaracha y locuaz; Tiene diez y seis abriles y un corazón romántico y sentimental que se estremece a la amorosa mirada de los galanes como las flores al suave arrullo de la brisa.

En la arboleda, los pájaros cantaban aquella mañana más arpadamente que en días anteriores, y cuando los pájaros cantan... la nube se levanta y el sol se mostraba en la plenitud de su calentura, haciendo más tibia la atmósfera de aquella mañana primaveral.

Había que ver con qué distinción conducía el cochecito del bebé y qué entusiasmo y ternura ponía en aquel Kiriki de carne puesto a su cuidado.

¡Oh, si fuera suyo!... Pero si fuera suyo ella no sería soltera, y al no ser soltera sería casada, y siendo casada no sería niñera...

Y pensando en estas cosas ultrapélicas sentóse en un banco desde el que se divisaba un bello panorama, y después de haber colocado el cochecito convenientemente para que el sol no incomodase al bebé, se sumió en la lectura del episodio 115 de "La Princesa del arroyo", cuyas aventuras interesaban y emocionaban su juvenil corazón.

¡Oh, con cuánto placer hubiese emulado a la protagonista! ¡Qué cruel sino el de algunas criaturas, sobre todo en aquel pasaje: "...el cruel marqués, después de haber tenido sin comer a la desventurada joven treinta y dos días seguidos, con un puñal en la mano la intimidó a ser suya o de la muerte. La virtuosa criatura, aterrada, perpleja, puesta su fe en la Providencia, le pidió un plazo para reflexionar..."

Como un conjuro, en aquel momento una voz arrulladora tembló en su oído, dulce y musical.

—Niñera gentil, heroína de folletín por entregas, yo os adoro...

Sinforosa sintió que una emoción desconocida invadía todo su ser. Su corazón estaba conmovido; sus carrillos se habían

cuabierto de carmín, y sus labios, siempre reidores, contrayéronse melancólicos.

Desde aquel momento Sinforosa no era la misma criatura. Habíase apoderado de ella una desazón especial que los psicólogos llaman amor. Un amor loco, brujo, comunista, capaz de enajenarla.

Y este amor había brotado al conjuro de las palabras del ultramarinesco y apolíneo joven Romualdo Díaz, conquistador de porte versallesco, que tenía en los ojos el siniestro resplandor de una fiebre de conejo casero.

Era alto, delgado, gentil, simiescamente bello. Había una provocación de suicidio en sus ojos encendidos. Sinforosa se sintió débil, asequible.

—Sí, encantadora porta-niño; a su vista me he conmovido, y mi vida sin su amor sería cual abandonado barquichuelo en la inmensidad del Océano...

Aquella frase poética fué como una flecha disparada violentamente al corazón de Sinforosa.

Sinforosa comprendió instantáneamente que era imposible resistirse al encanto de un hombre cuya conversación era más amena que un almanaque y cuyas pupilas semejabán dos violetas deshojadas en un sueño romántico. Amar a Romualdo Díaz era su sino, y, por tanto, por qué resistirse al bello madrigal de amor que le

proponía la verborrea insinuante del bello castigador.

Y sin rellexionar, en la necesidad de convertir su vida en una aventura ecuatorial, huyó de la Moncloa, del brazo del apocalíptico Díaz, en alas de fugaz ilusión.

... ..

Amándose con locura transcurrieron los años. ¿Cuántos? Nadie lo sabe... Las almas que aman no se dan cuenta que están en el mundo más que cuando se retrasa la comida. En plena calentura idílica, nada ensombrecía la felicidad de estas dos criaturas, nacidas para amarse.

Un día, mientras arrullándose comentaban sus pasadas vidas, ella púsose pálida de pronto y dió un alarido terrible, doloroso...

¿Qué misteriosa inquietud habíase apoderado de Sinforosa para enloquecer hasta el punto de abandonar la compañía de su amado?...

A Sinforosa no le ocurría nada. Era simplemente que en aquel momento recordó que en su huida amorosa habíase dejado olvidado el bebé en la Moncloa.

ANTONIO VALERO DE BERNABE

*Nota.*—La fotografía que ilustra este artículo nos muestra al rubicundo niño que cuidaba Sinforosa cuando, transcurrido el tiempo de su olvido, lo encontró en la Moncloa.







## Las chicas del conjunto

Eulogio Velasco se ha presentado en Madrid, en el escenario de Price, cogido de la mano, como para jugar a «ambo ato», con los autores de la revista

Con este motivo se nos ha recruce-dido el deseo que veníamos sintiendo ha-cer va rato de dedicar nuestra atención a las "chicas del conjunto". Hablamos de una atención exclusivamente literaria, sin mezcla alguna de conjuntivitis.

Pero es éste un asunto tan trascen-dental, que no puede ser tratado así, en conjunto, sino que hay que dividir "la materia" en dos mitades y no confun-dir nuestra mitad, o sea las señoritas del conjunto a la española, con las con-juntistas extranjeras.

De las españolas hablaremos otro día; las extranjeras se distinguen de las nues-tras por su rítmica precisión de movi-mientos.

Constituyen, hoy por hoy, una verda-dera milicia. Es éste un nuevo Ejército de Salvación que hace a estas horas la instrucción en las cinco partes del mun-

do. Cientos y miles de piernas femeni-nas se levantan a la vez, con un para-lelismo matemático, como saludando con nuevo saludo militar a una nueva auto-ridad operetesca: la Gimnástica Apli-cada.

La revista se impone, *siieurs dames*, y la revista impone tres diferentes Gra-cias: una, la estrella exótica, a ser posi-ble negra o, por lo menos, dominó; otra, las señoras estatuarias que puedan, al terminar la revista, dejarse pasar revis-ta de los pies a la melena; otra, el ejér-cito de *girls*, las chicas del conjunto, criaturas de pelo alborotado, risa juegue-tona y piernas torneadas, hechas a torno y a torneos.

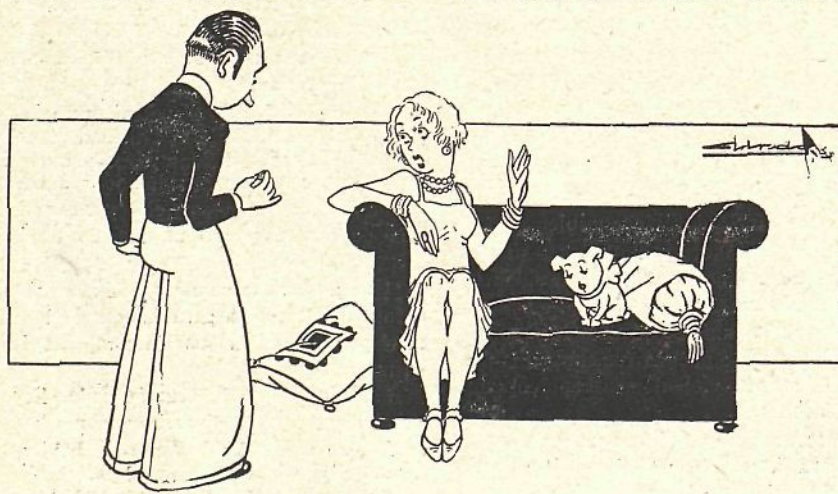
No basta el torno, en efecto; hacen falta, además, ciertas condiciones para vencer en la competencia de la redon-dez, la dimensión y, ante todo, la rec-titud. ¡Oh, la rectitud!... Para todo

hace falta rectitud en este mundo. (¡Y hay quien duda todavía de las leyes morales!...)

Las piernas, en efecto, lectoras de mi alma, necesitan, según la nueva geome-tría de la relatividad, ser a la vez rec-tas y curvas; y deben unas y otras con-servarse en un tipo de calibre especiali-simo, ni muy flaco ni muy grueso. A fin de comprobar estos extremos—los ex-tremos de las extremidades, o séase los extremos a que se refiere el adagio cuan-do dice que "los extremos se tocan"—hay en todos los teatros europeos y ame-ricanos, así como en todas las academias de enseñanza y contratación, técnicos dedicados a recibir a las postulantes y medirles los altos, los bajos, los alti-bajos y la circunferenciación de las pier-necitas juveniles. Las que no reúnen, después del técnico examen, una media proporcional, una media aritmética y, sobre todo, geométrica, de punto—una media que se ajuste a la cuarta dimen-sión, o a la dimensión de a cuarta—, quedan rechazadas del conjunto.

Pero no hay ninguna que sea recha-zada; todos han logrado disciplinar su desarrollo ajustándolo a los centímetros del canon. ¿Cómo es posible que la mujer sea gorda o sea flaca, tenga buche o no, tenga hombros altos o se encoja de hombros y adquiera o no polisón *cambrément*, turgencias o espatulez, se-gún el tipo de moda en cada instante?

Misterio, al parecer; pero no: ejem-plo, más bien, de lo que pueden conse-guir las criaturas con la voluntad y el ejercicio. La técnica por un lado, y por otro la idea fija, cooperan, de consuno, al milagro. Las chicas aspirantes al con-junto no tienen otra idea (trátenlas us-tedes y verán que no tienen otra idea) que la de conservar la línea. Viven, por



Dib. URDA.—Barcelona.

—¿Qué haces siempre sentada en ese diván, que no has pagado todavía?  
—¿Qué voy a hacer? Divanarme los sesos.



consecuencia—como los factores del ferrocarril—, esclavas de la línea. Se dan duchas y masaje; se dan a la gimnasia; cumplen con los mandatos de la higiene y aprenden, por fin, a moverse con automatismo perfecto, puestas en fila y en grupos de cincuenta o sesenta.

Las agrupaciones de este tipo estaban antes dirigidas por las diosas tutelares de la Seducción y de la Coquetería; en la actualidad son la Acrobacia y la Mecánica las diosas directrices. De ahí la disciplina. "Echar los pies por alto" pudo ser en el siglo pasado—nefando siglo de can-can—síntoma de insubordinación y de desorden. Pero, lo que es ahora, no; ahora hay que echar los pies por alto a compás: con cronómetro y a máquina.

De ahí que haya desaparecido por completo la deshonestidad en esta clase de obras. Ahora las mujeres tentadoras andan por la calle. Pero en los teatros, no. En las grandes revistas extranjeras se mueven ochenta piernas, todas a la vez, sin que el alma espectadora se empañe con el soplo más pequeño de concupiscencia. El espectador se figura que está viendo una fábrica, por serie, de piernas de madera para escaparates de medias.

Nadie puede, viendo aquello, pensar

en la mujer; aquello es el *ciempiés*—o el *ciempiernas*—de la civilización hecha opereta.

Fíjense y verán cómo esas *girls* vienen principalmente de Germania, Britania y Norteamérica: las naciones donde existe más formalidad o más organización científica y precisa.

Las *girls* que vienen de Britania vienen para enseñarnos castidad. Salen a escena todas en camisita o camisón, o desnuditas y brincando, o se sientan en el suelo con tanta ingenuidad, que comenzamos a sentir la sensación cándida y beatífica de ver a un colegio de educandas a la hora de acostarse o a la hora de cortarse las uñas de los pies. Nadie se atrevería a profanar con pensamientos torpes el abandonado candor de aquellas ursulinitas que no han conservado del uniforme más que el lazo.

Conmuele comprobar cómo hay algunas que, teniendo de cuarenta para arriba—y para abajo—, parecen tener quince; tal es la ingenuidad y a tal punto la inocencia conserva a las criaturas en minoría de edad imperturbable. Si algún libidinoso trata de pasar a mayores con las menores, se encuentra con que para llegar a estas niñas hay que pasar antes por la institutriz que las acompaña y... la Biblia...

Las norteamericanas y germanas son más libres: no llevan carabina, pero llevan la representación de sus respectivas naciones y de sus organizaciones respectivas.

Germania, constreñida en sus ímpetus marciales, no puede entretenerse en hacer la instrucción con soldados y la hace con soldadas, tan soldadas que es imposible separar a una individuo, sin romper la soldadura, de las otras—ciento o más que maniobran a un tiempo y todas juntas. No son damas. Son *ersatz*: sustitutivos.

Las norteamericanas, más aún. Son damas standardizadas; si uno las mira con gemelos, no es por nada: es por buscarles la marca de fábrica y el número de la patente... *Made in New York* nos parece que han de llevar escrito en algún lado.

Son producto de cualquier casa Ford que ha estudiado la fabricación por serie de piernas y sonrisas. Son todas ellas algo preciso, el "Espíritu de San Luis": motor perfecto, con brújula imperturbable y manejado por un muchacho casto. Han conseguido que cien chicas, al enseñar las piernas a la vez, se muevan "como un solo hombre", y así se pueden cruzar todos los mares sin temor a las caídas peligrosas.—MANUEL ABRIL



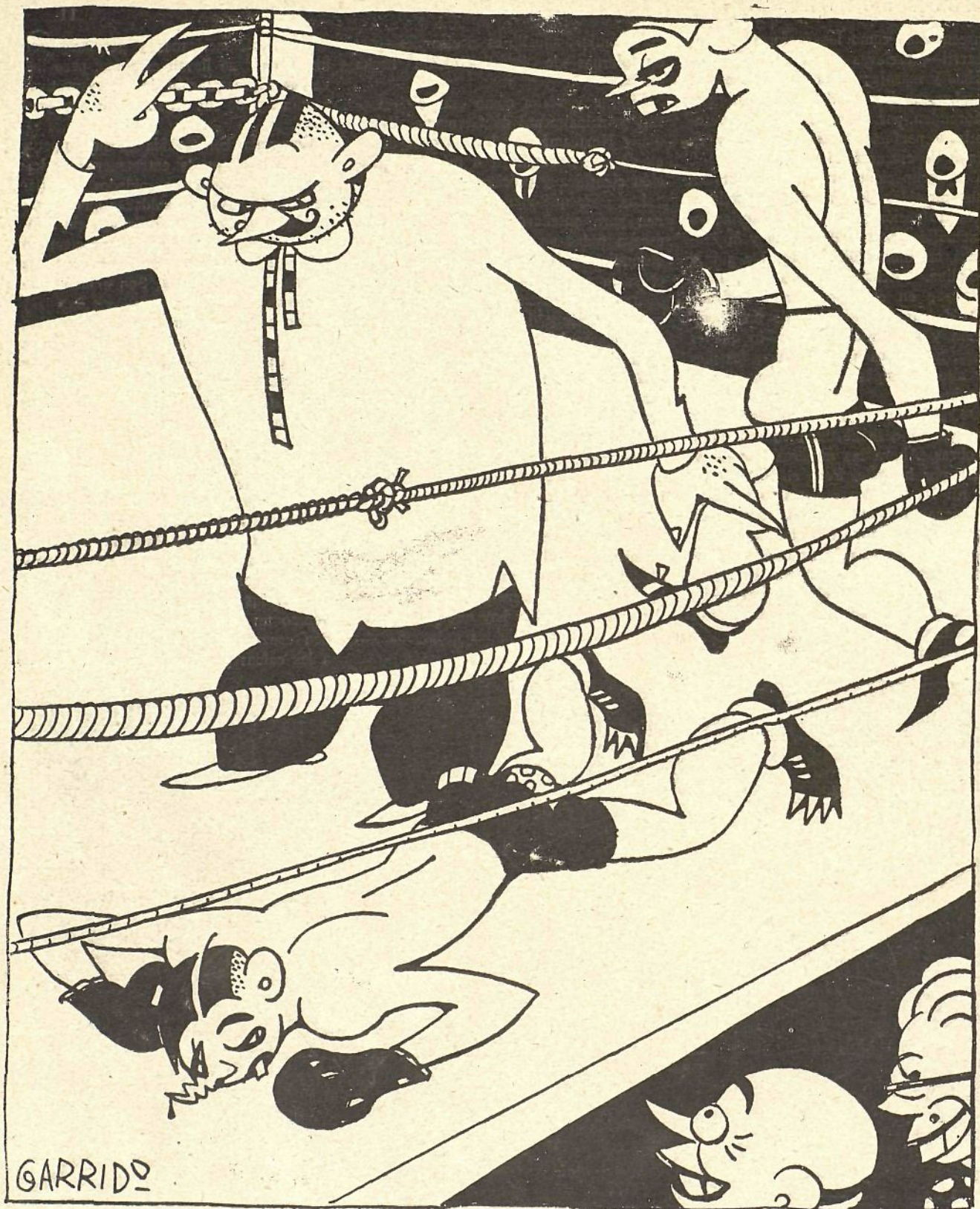
—Que salgo.

—Que no salgo.

—¡A ver si sales de ahí!

Dib. SERNY.—Madrid.





Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Tú sabes lo que cuenta el tío ese?  
—Sí, hombre!... Las muelas que han perdido.





# LA NUEVA COCINERA

La criada.—¡Señora! ¿No tienen ustedes gato?

La señora.—No, no tenemos.

La criada.—¿Ni tienen tampoco perro?

La señora.—Tampoco tenemos.

La criada.—Y entonces ¿quién va a lavar los platos?

Dib. SAMA.—Fernando Pío.



# Sincera declaración de un amor vegetariano

Distinguida vecina del tercero:  
 La he visto y la he querido en un segundo,  
 por milagro de ese cuerpo hechicero  
 que comérselo anhela todo el mundo.  
 No me extraña. Por lo blanca y lo dura,  
 su carne, que es de coco se presiente,  
 y sus ojos, por esa gran negrura,  
 que son moras, se dice entre la gente.  
 Sus labios, por lo rojos, son la fresa  
 que a diez reales se paga, en ocasiones,  
 como rico manjar de nuestra mesa,  
 y sus dientes menudos son piñones.  
 Los dedos de su mano soberana  
 me parecen bananas olorosas,  
 y ese rostro semeja una manzana  
 por su mezcla de nieves y de rosas.  
 Sus senos son limones que palpitan  
 suspirando a un amor que se despierta,  
 y todos los encantos que se citan,  
 cual puede verse, son.. frutos de huerta.  
 Por eso yo deseo, con locura,

casarme con usted, si ello es posible.  
 Tendré así la manutención segura,  
 ya que todo en usted es comestible.  
 Además, si el instante apetecido  
 de casarnos, llegase, al fin, un día,  
 yo, no sólo sería su marido,  
 sino el dueño de una gran frutería.  
 Ser frutero fué siempre, sin disputa,  
 mi deseo más firme y más intenso.  
 ¡Poderle despachar a un pollo fruta!  
 ¿Hay placer, por ventura, más intenso?  
 Por todo lo apuntado, el que suscribe,  
 su amante corazón le manda en ésta,  
 con las señas del sitio en que no vive,  
 porque muere esperando su respuesta,

"PERFECTO PRIMO".

Por la copia,

ADOLFO SANCHEZ CARRERE



Dib. GALLARDO.—Madrid.

—Y le pegué un puñetazo que le rompí la costilla...  
 —¡Ah! ¿pero estaba casado?...



Dib. SERVULO.—Albacete

—¿Y dice usted que sus hijos tienen varias carreras?  
 —Sí, señor; son jockeys.



son. Además, yo mismo vi cómo Olivia Ferneti tiraba al italiano por la ventana de *El ganso sin plumas*. La declaración era grave como el tísus.

—¿Estáis seguro de lo que decís?—interrogó el juez.

—Seguro cual poste.

—Juradlo, caballero.

—Juro que lo juro.

—Basta. Podéis estar orgulloso. Acabáis de hacer un gran servicio a la justicia.

Y así fue como el malvado vizconde habló con calma y sin la pérdida de Olivia.

Susana Graven cayó al suelo. Y el vizconde, aterrado, se esfumo por una calleja transversal.

Cuando el vizconde desapareció, Susana Graven se levantó nuevamente; la bala del pistolete no tocó su epidermis; se cayó porque había tropezado..



Retrocedamos y busquemos a Renato Machin de Mauregat.

Le hallaremos en los jardines del Lusemburgo, sentado en un banco y mascando chufas, lleno de una honda preocupación.

La muerte, que él creía real, de la rubia Alicia, le sumía en aquel estado de idiotéz cinco o seis veces diarias.

¿Qué hacer? ¿A quién acudir cuando nos traspasa el dolor? Si somos poetas, acudiremos a las Musas.

A ellas acudió Renato para escribir la sugerente composición titulada:

#### A ELLA, PUTREFACTA

Ya yaces bajo tierra.  
Ya te has muerto, Alicia.  
Y la terrible noticia

Y conozco también a la acusada, Olivia Ferneti, digo yo a Francciuillo, sino al inventor Thomas A. Edie-

Y añadió:

viatura.

—Al colegio—repuso el vizconde aclarando la abre-

—¿A dónde?

—Mucho. Fuimos juntos al cole.

—¿Conocias al muerto?—preguntó el juez.

—Conocias al muerto?—preguntó el juez.

Y así se apresuró a hacerlo delante del juez, mon-

acusándola como autora de la muerte de aquel.

dianta de Venecia, sin embargo decidió perder a ésta

fetadas era mucho más bruto Francciuillo que la come-

completo ajena al crimen, ya que puesto a dar de bo-

rios, y, aunque comprendió al punto que Olivia era por

do, cuidadosamente envuelta en impenetrables miste-

aquella época—supo el vizconde la muerte de su cria-

Por los periódicos—que no se publicaban todavía en

podido acontecer a Francciuillo.

Y salió a la calle decidido a averiguar lo que hubiera

—A ese, le ha ocurrido algo.

Entonces el odioso vizconde pensó:

Y, así, hasta veinte.

Otra hora.

## CAPITULO VIII

### LA PERDICIÓN DE OLIVIA

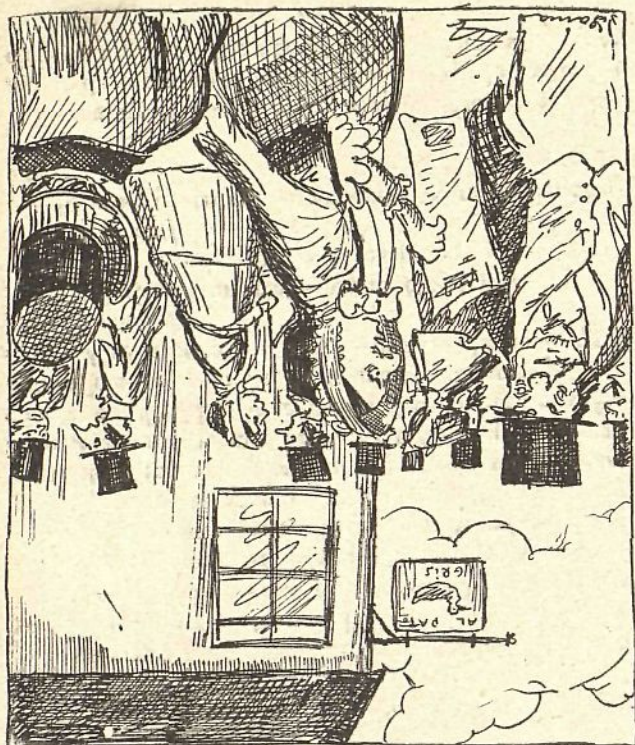
Durante cincuenta y seis días, el pueblo entero de París permaneció a la puerta de la hostería *El ganso sin plumas* comentando el extraño suceso que había ocasionado la muerte de Francciuillo y la detención gendarmesca de Olivia Ferneti, la italiana de Venecia.

Esta se hallaba a la sazón en un calabozo putrefacto a donde llegaba—por una estrecha ventanuca—la luz del sol, los silbidos de los golfllos parisenses, que jugaban en las cercanías, y multitud de murciélagos.

Y Olivia Ferneti, en medio de su desgracia, tenía el consuelo de hacer amistad con estos dulces animalitos, a los que llamaba familiarmente por sus nombres, y que no iban a comer a su misma mano por la sencilla razón de que a Olivia Ferneti no le daban de comer sus carceleros.

La italiana lloraba con abundancia y se preguntaba





con angustia del Milanesado lo que sería de ella de allí en adelante.

¿Cómo podría vengarse del vizconde estando encerrada entre aquellas catorce paredes?

¿Qué sería en lo sucesivo de su buen padre, que seguía al frente de sus plantaciones de caña de azúcar en Madagascar?

¿La condenarían a muerte por el fallecimiento de Franciullo, o se limitarían a insultarla el día de la vista de la causa?

¿Qué sucedería la mañana de la ejecución?

¿Qué ocurriría el día del juicio?

Entretanto el infame vizconde esperaba impaciente a Franciullo.

Pero era inútil que lo esperase.

Porque Franciullo no acudiría.

Pues Franciullo había muerto estrellado contra las losas existentes frente a *El ganso sin plumas*.

—¿Por qué no vendrá este miserable y vil gusano?— se decía el vizconde utilizando el repugnante vocabulario que le era característico.

Y pasaban las horas sin que Franciullo apareciese.

Una hora.

Otra hora.

Otra hora.

pistolete contra la demente.

Y, cuando vio que la huida era ya imposible, disparó su

La loca, así que se vio libre, fue a buscar al vizconde

sospechar lo que hacía.

velocidad—y había puesto en libertad a la loca, sin  
burado la caja—y por cierto que la traxo a gran  
el "Chucho" había acudido a casa de Fabio, había trac-  
onde estaba llena de valores, y media hora después  
"Chucho", diciéndole que la caja de caudales del viz-

Envío una carta anónima a un ladrón famoso, el  
Ved de qué ingeniosa estratagemma se valió:

do la manera de escaparse.

y a los dos días de estar allí encerrada, ya había idea-

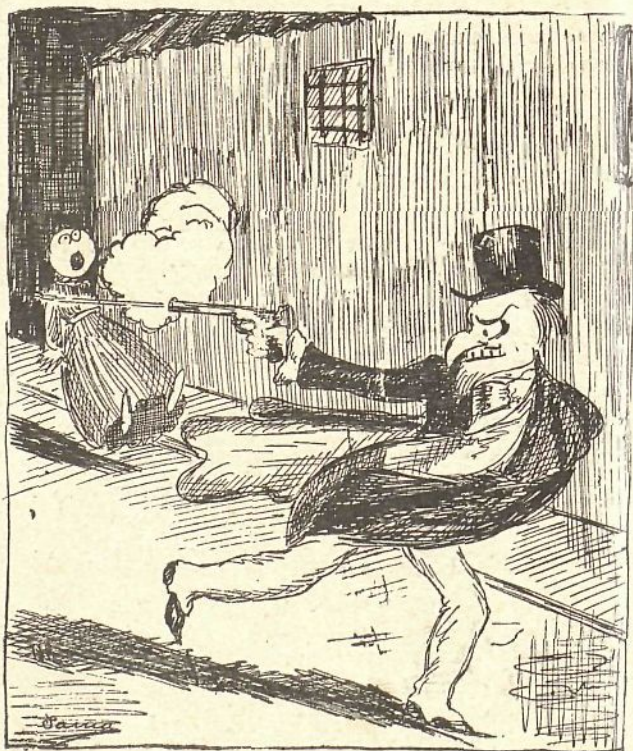
Pero no hay seres que más diecieran que los locos,

la caja de caudales.

Susana Graven, la loca, había quedado encerrada en

LA LOCA Y RENATO

## CAPÍTULO IX







Dib. FERRER.—Madrid.

—¡Hombre! ¿Cómo pide usted hoy limosnas con dos sombreros?  
 —Verá usted: es que como el negocio iba bien, me he visto obligado a ampliar el negocio.



# VISITA DE PESAME

Ha muerto un pobre amigo mío. Pero, antes de nada, es preciso que dé algunos datos biográficos del interfecto y de su viuda. Esta llevaba con éste tres maridos perdidos; no he visto descuido mayor.

El muerto se llamaba en vida Inocencio Casola Manteca; nació fortuitamente en Barbas de Puerco, y a pesar de esto no era tímido para el aseo, pues se lavaba con alguna frecuencia. Aunque nació en Viernes Santo, cumplía años en Miércoles de Ceniza, por un error de su señor padre, que padecía sordera y no se apercibió oportunamente del natalicio de su infante.

Esta anomalía influyó para siempre en su vida e imprimió una incertidumbre, una dubitación en todos sus actos, que ya no hizo nada a derechas, y cuando tomaba una iniciativa era para meter la pata como un político cualquiera.

A poco de llegar a esa edad en que se sienten misteriosas sensaciones amorosas y entusiasmos locos en cuanto se vislumbra una mujer, se hizo somatenista, y una vez realizada esta tontería, se casó con una viuda duplicada. Inexperto en sumo grado, cayó en cuanto una hembra le guiñó un ojo, porque la viuda era maestra en eso

de las guiñadas, que poseían el secreto de entontecer a los hombres y era el sistema utilizado para pescar marido, y que nunca le fallaba.

La viuda era de Castellfullit y le gustaban mucho las judías, cosas que también contribuyeron a enamorar a Inocencio.

Casado éste con la viuda mencionada más arriba; no fué feliz, porque parece ser que el matrimonio es la tumba del amor, según se prueba en algunos tratados *ad hoc*. Además de lo que dicen esos tratados, no fué feliz porque la viuda, aunque había recibido una esmerada educación, no tenía ni chispa de vergüenza, lo cual demuestra una vez más que se puede tener buena voz de bajo y ser un canallita, que es lo que venimos sosteniendo los que hemos estudiado en colegio de pago.

Consecuencia de todo esto fué que el señor Casola Manteca la diñó, y digo la diñó porque fué en la calle de Juanelo, donde todo es castizo, y conviene ser exacto en las expresiones, para dar color y sabor a nuestras descripciones.

Y llegó la hora fatal de ir a la casa del óbito y dar el pésame a su desconsolada esposa.

Me vestí de negro como un terno

arreglo de un traje de "smoking"; compungí la cara ante el espejo, para adoptar una expresión que hiciera juego con el traje y me dirigí a casa del fiambre, dándole vueltas en el magín a la frase que diría a la viuda.

Le acompaño a usted en el sentimiento, era vulgarísimo; doy a usted mi más sentido pésame, era trivial y carecía de distinción.

Había que buscar una frase que fuera bonita, sentimental y revelase una verdadera pena por la desaparición definitiva de aquel pardillo. Yo era un amigo íntimo del muerto, y no podía salir del paso con una frase cualquiera.

Le diría: Señora, al recibir la noticia de la muerte del pobre Inocencio, sentí el frío de una puñalada en mitad de mi triste corazón...

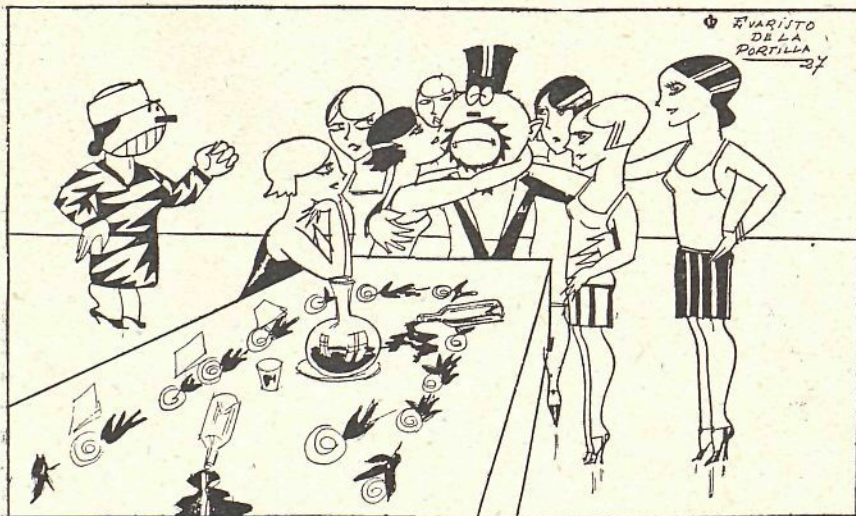
Esto era muy largo y teatral; hay que buscar otra cosa más honda, algo así: Amiga mía, la desaparición de Inocencio me hundió en la sima de la desesperación...

Esto no está mal...; pero desaparición..., desesperación..., y además, un amigo no está bien que se desespere porque otro se muera; pase que lo sienta, pero desesperarse, nadie lo creará.

Seguí pensando y no daba con la fórmula sentimental, y es que es muy difícil decir una mentira bonita; y ya la casa estaba cerca, y allí habría la mar de gente, que, al verme, callaría para ver lo que decía, y con seguridad que me azoraba... Estas visitas de pésame son más engorrosas y molestas que un paraguas...

Sigo cavilando y de pronto surgió la frase, linda y lacrimosa de verdad. He-la aquí: Rosenda, amiga mía, ¡qué pena!, ¿verdad?; no vuelvo de mi asombro. Y ¿cómo ha sido eso?, porque hace pocos días estaba hecho un bruto.

Orondo y satisfecho, llego a la casa; subo, entristezco el rostro, entro y todo está oscurecido y huele a cirio. No veo más que bultos negros; ¿por qué habrán cerrado los balcones? Eseudriño, buscando a la viuda, y no doy con ella. De pronto oigo un suspiro: ¡Ay Dios mío!... Allí está, pienso, y me dirijo hacia donde salió la queja. En el camino otro detrás de mí: ¡Ay qué pena!... Me paro, vacilo, y no sé cual



Dib. PORTILLA.—Buenos Aires.

La mujer.—¿Qué haces aquí, sinvergüenza?

El marido.—Calla, mujer; no me preguntes, que no las tengo todas conmigo.



grito de dolor es el legal. Estas viudas son más tontas...; ve que la busco y no sale a mi encuentro, ¡idiota!; y eso que es la tercera vez que representa el papel de viuda fresca.

—¿Y Rosenda, no está?—pregunto, algo mosca.

—Aquí estoy, Ciriaquín—dice con voz de falsete.

Me dirijo hacia ella y la veo acurrucadita y mesándose los pelos, como la Bertini.

Le cojo la mano y exclamo:

—Rosenda, amiga mía, ¡qué pena!...

—No me diga nada—interrumpe la imbécil—; no me diga nada, que estoy hecha polvo.

Y empieza a soltar jipíos, gritos y lamentaciones exageradamente, descaharrándome el discursito. Me resigno y me siento. Ya los ojos se acostumbran a la oscuridad y examino a la concurrencia; todos tienen caras de animales.

\*\*\*

Una voz gutural pregunta:

—¿Y de qué ha muerto el pobre?

—Pues verá usted. Estaba bueno y sano que daba gozo verle al indino, y el otro día, el jueves... ¡fué el jueves!, no, el miércoles, va y me dice: nena, porque el pobre siempre me llamaba nena, y yo a él riquín, pues va y me dice: oye, ¿sabes que tengo un dolorcito aquí, en el hipocondrio?, y se señaló en la ingle. Pero yo no le hice caso, porque era muy quejumbroso y siempre estaba mareando con sus dolencias. Se fué a la calle, y a la hora me lo traen al pobretico mío, en un taxi de 0,40, hecho una birria. Me quedé, que si me sangran no me sacan ni gota de sangre de mis venas. Vino el médico, que tardó el sinvergüenza dos horas largas, y va y le receta una purga, porque decía que tenía un empacho de higos y no se había comido más que un medio kilo escaso. Pues la purga le sentó como un tiro de perdigones zorreros. Yo le di friegas, le puse un ladrillo caliente en la panza, le puse un emplastro de aceite, vinagre y cebolla picada, y como si no; a las dos horas se quedó tieso y yo viuda por tercera vez, que se dice muy pronto...

En esto, entró un señor alto, gordo, enlevitado, fúnebre, con gafas negras y voz atiplada, y dice chillando:

—Rosendita, mujer, ¿pero qué haces?; enviudas mucho. ¿Cómo estás, hija mía?

—¡Ay, don Pepitín!, ¿cómo quiere usted que esté?: echando las muelas.

—Claro; con tres defunciones en

poco tiempo, y ¿dónde está ese pobre?

—Ahí lo tiene usted, en su alcoba, que parece que está dormidito.

—Voy a despedirme de él.

Y don Pepitín va a darle el último adiós al cadáver, que lo agradece.

—Se querían como si fueran primos—dice una señora estúpida.

Y llega la hora de llevarse al muerto, y vuelven los gritos y los sollozos exagerados. La viuda y el coro de señoras plañideras entran en la capilla ardiente y besan y estrujan y molestan al finiquito, sin respeto a su estado.

Por fin, se lo llevan y nos vamos detrás y se verifica el sepelio.

A mí no me gustan los entierros, y menos las visitas de pésame; no son amenos estos actos y hay siempre en ellos algo que aburre. Yo no me he reído nunca en ninguno; todos son

iguales, no procuran variedad alguna y en todos hacen, poco más o menos, lo mismo; en los que yo he visto me aburrí.

Y es que el dolor es una cosa indecente y absurda que no conduce a nada.

VICENTE PEREZ PASCUAL

## Buen Humor

LO VENDEN EN LA CAPITAL DE GUATEMALA EL DIARIO DE LA TARDE "EXCELSIOR" Y LOS SEÑORES LA RIVA HERMANOS

9.ª AVENIDA SUR, NUMERO 8.



Dib. SORAVILLA.—Madrid.

El esposo.—¡Alto, Paulina!... Quedas descalificada por dar golpes bajos.





# DEL BUEN HUMOR AJENO



## Los misterios de la India, por Charles Quincey

—El año pasado—comenzó diciéndonos Lord Marbury—fuí, como sabéis todos vosotros, a recorrer los bosques milenarios de la India. Después de muchos días de caminar a través de la jungla llegué a una ciudad llamada Jaipore y que se halla en el corazón de aquel vastísimo territorio. Es una ciudad encantadora: los alrededores están llenos de ruinas de pagodas, de edificios antiquísimos y de muchas cosas más que yo no me cansaba de admirar. En fin: algo admirable.

Una noche me entró no sé cómo la idea de ir a pasarla en la soledad de un gran templo aparentemente abandonado y que, según mis informes, estuvo dedicado a Yoma, el dios de la muerte. Nubes de cuervos—de esos pesados e inevitables cuervos de la India—revoloteaban sobre mi cabeza mientras me dirigía al citado templo, ahogando con sus graznidos el ruido confuso de los tambores y de las caracolas de las pagodas. Luego todo quedó en silencio.

Así llegué hasta el monumento que me interesaba—encima de cuyos muros tribus enormes de monos y de aves de rapiña gritaban a mi paso—, y me aventuré por él. El eco duplicaba en sus galerías el ruido de mis pasos. Más de una vez volví la cabeza, creyendo que me seguía alguien, y más de una vez me sentí pesaroso de aquella aventura.

Al pasar por uno de los ventanales del edificio creí oír rumor de pasos y me asomé, medrosamente, al interior. Entonces vi venir a varios hombres que montados en caballos avanzaban a todo correr hacia el templo, con el torso desnudo y el pecho marcado con un signo blanco. Me estremecí; pero mi estremecimiento fué mucho mayor al darme cuenta de que cada uno llevaba sobre el arzón una mujer amordazada.

Después de presenciar esto me volví a ocultar nuevamente, no sin cerciorarme antes de que llevaba el revólver en el bolsillo. Unos pasos más arriba me asomé de nuevo; pero ya

no distinguí nada. Sin duda alguna, aquellos hombres habían penetrado en el templo.

En efecto; dí la vuelta por una de las galerías y bien pronto me hallé detrás de una ventana que daba al patio central del monumento. Allí se encontraban aquellos hombres; pude contar más de cuarenta, a pesar de que algunos de ellos quedaban merodeando por las criptas. Y lo que adiviné bastó para que mis manos se crisparan de angustia. ¡O mucho me engañaba, o estaban preparando un sacrificio humano!

Bajo mis miradas se hallaban más de diez hombres de aquellos, completamente desnudos, ante el altar de los sacrificios. Sus frentes ostentaban un signo rojo y sus manos se me antojaron teñidas de sangre. ¡Y cerca de ellos, delante del altar, un grupo de mujeres retorciase bajo las ligaduras suplicando clemencia a sus verdugos! Pronto reconocí a la secta a que pertenecían: eran fanáticos de la diosa Tali, la esposa del

dios de la muerte, la insaciable devoradora de sangre. ¡Y esta secta que yo creía desaparecida, desde siglos antes, iba a celebrar, ante mí, un sacrificio humano en pleno año 1927! ¡Era horrible!

Dos hombres cogieron a una mujer y la llevaron hasta el altar del sacrificio. ¡Era una mujer de raza blanca! Ví brillar un cuchillo.

Y no lo pensé más.

Bajé precipitadamente hacia el patio, y empuñando mi revólver me presenté ante aquel verdugo.

—¡Canalla!—grité.

El amenazado se me quedó mirando fijamente y repuso en inglés:

—No dispare usted... ¿Está loco?...

Y fué entonces cuando me di cuenta de que todos aquellos hombres no eran sino unos cuantos pobres diablitos que se hallaban *filmando* una película, titulada "Los misterios de la India", y que les invitaré a ustedes a ver, cuando se estrene.

R. C. R.

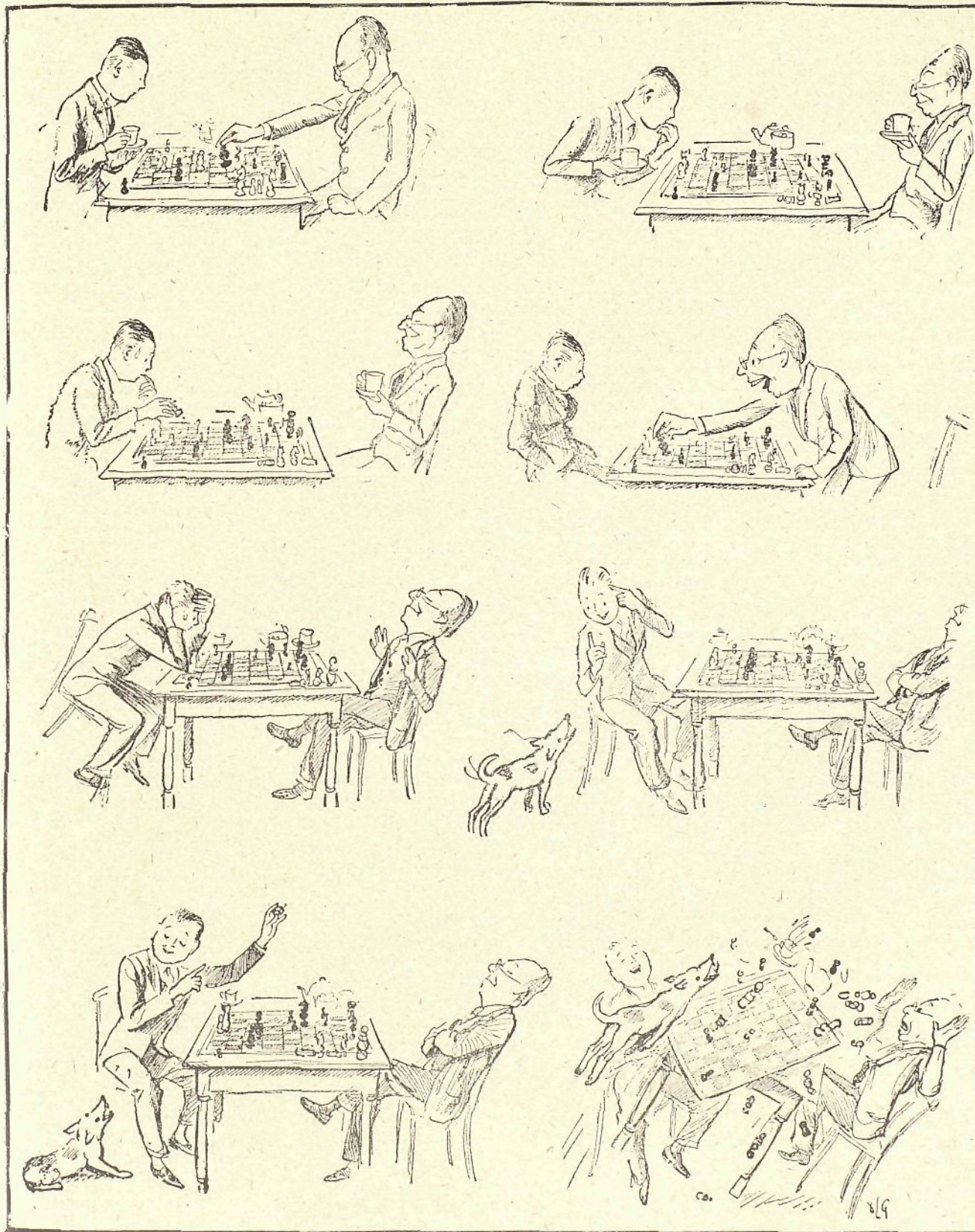


De The Passing Show

—¿Ha delirado el enfermo?

—Sí, doctor: al salir usted dijo: ¿se marcha ya ese idiota?





MANERA DE LIBRARSE DE UN MATE INMINENTE

De The Humorist.—Londres.





# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

**AMADOR**

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

El colmo de un chófer:  
Atravesar con su auto un arroyo, y, en medio de él, parar en seco.

P. Guadalquivir.—Lora.

Examen de Medicina:

El catedrático.—Además del cloroformo, ¿qué otra cosa puede servir para privar del sentido?

El alumno.—Un buen garrotazo en la cabeza.

Francisco Mendoza.

La Coronada (Badajoz).

Un individuo se pone a escribir una carta en presencia de su mujer, y apenas ha comenzado, dice:

—Escribidme una carta, se-

ñor Cura.

—Ya sé para quién es.

Ahora verás: Querido JOAQUÍN

[PRESA:

remita a Juana fajas y cor-

sets...

—¡Ay, Padre Luis! ¡Cómo

[me lo ha acertado!

¡Qué listo que es usted...

—¡Vaya, que yo no le pongo a ese pijo de Pepe querido amigo! ¡Y no sé que ponerle a ese granuja sinvergüenza!

La esposa.—No te preocupes. Le pones estimado compañero, y quedas muy bien.

Ravazam.—Huelva.

Un muchacho de un pueblo de Aragón llega a Madrid con su familia, y a los pocos días se pierde en la Puerta del Sol.

*El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

Consulta médica:

El doctor.—Usted lo que necesita son muchos baños, muchísimos baños; cuantos más baños, mejor.

El enfermo.—¿De Alhama, de Carratraca, de Archena?

El doctor.—No, señor... ¡De agua caliente, que es la que mejor quita la mugre!

Victoria Hernández Sánchez.—Málaga.

Muy atribulado, se acerca a un guardia y le dice que le lleve a la posada. El guardia, naturalmente, le pregunta:

—¿Y dónde es la posada?

Y el chico le responde:

—¡Otra! ¡¡Pus si yo supiera adónde es, no me hacía falta que usted me llevase!!

Pe Hita.

—Se ha celebrado el juicio de los que asesinaron a aquel infeliz para beberse la sangre... Al criminal le ha salido cadena perpetua...

—¿Y qué le ha salido al que se bebió la sangre?

—¡Una erupción de granos que da miedo verle!...

Pietín.—Enguera.

—¿Cuál es el colmo de una cigarrera?

—El que su marido y su hijo se llamen *Agapitos*.

J. M. A.—Burgos.

—¿Cuáles son los hombres más flamencos?

—Los faroleros, porque apagan muchos faroles a palos.

A-Ch.—Madrid.

Examen de derecho canónico: Profesor.—¿Qué es el matrimonio?

Alumno.—La unión de dos personas del mismo sexo.

Profesor.—¡¡Cómo!!

Alumno.—Bueno..., de un hombre y una mujer.

Profesor.—Hoy todavía son de distinto sexo.

Pa pegarme un tiro.

El Casar de Talamanca.

En un consultorio indígena, de Africa, se presenta un moro que lleva una mula del ronzal, y le dice al practicante:

—Yo tener una mola mala.

El practicante pregunta:

—Te la querrás sacar, ¿no?

—Sí, contesta el moro.

El practicante, no muy a gusto, le saca una muela, y cuando termina, le dice el moro llorando:

—Tú estar tontón, paisá. Tú jaser mal a mí. Tú arrancar mulla mía. ¿Tú pensar que esto estar manera de curar mola mía, que tener pata roto?

Colorete.—Melilla.

De una revista de modas:

"A un traje rosa le van muy bien las medias del mismo color, al mairón las grises y al café las medias tostadas."

Sara N. Piñón.—Madrid.

—¿Cuál es el problema más difícil de resolver?

—El problema de la vida, porque cuanto más se vive menos se puede vivir.

Moisés Delgado.—Fuenmayor.

En un partido de fútbol hay un jugador que siempre que coge el balón se le arrebatan. Un espectador pregunta a otro:

**OZONOPNO  
RUY-RAM**

—¿Cómo se llama ese equipier?

—Porra—le contestan.

—¡Ya observaba yo que se lo estaban fumando!

A. Más.—Valencia.

Agapito es un muchacho muy burro, y su padre, en son de súplica, le dice:

—Sé aprovechado, hijo mío, sé aprovechado.

Un día el maestro hace pasar a toda su sección a otro departamento para explicarles Historia, y Agapito, pretextando ir a cierta necesidad, sale de la clase y se apodera de todos los lápices y plumas de sus compañeros.

Está la vida moderna que es una dislocación: hoy sólo *privan* los charlestón y la radiodifusión... y los platos exquisitos de la *Casa de Roson*...

discipulos. Momentos después, al notar todos el despojo y ponerlo en conocimiento del maestro, éste registra las bolsas portatubos, encontrando todo lo desaparecido en la de Agapito.

Avisado su padre, se presenta en la escuela y dice:

—¿Pero qué has hecho, hijo mío?

—Pues ser como usted me dijo: un alumno *aprovechado*, papá.

Francisco Quintana Sos. Castellón.

¿En qué se parece un fron-



tón a una cabeza humana?

—En que tiene pelo-taris.

Rufino Alonso  
Valdelatas.—Madrid.

Dos golfos son conducidos a la comisaría por dar escándalo.

Un inspector pregunta a uno de ellos:

—¿En dónde tiene usted su domicilio?

### SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas.

Bodegas de LOS CEAS

—Yo no tengo domicilio—responde éste.

—¿Y usted?—pregunta el inspector al segundo.

—Vivo enfrente de mi amigo.  
E. Sánchez.—Palencia.

Un empleado a quien su principal sorprende en horas de trabajo mirando a las chicas que pasan por la calle, le dice así:

## RON BACARDI

—Venga después a mi despacho y presénteme la dimisión

A los pocos minutos, el empleado le presenta una carta, en la que dice:

“Estimado señor: con gran sentimiento por parte mía, tengo el gusto de presentarle la di-

## DANDY

La mejor crema para el calzado

misión del cargo que en su oficina desempeñaba.”

Alfonso P. G.—Valencia.

En un pueblo de la provincia de Zaragoza, hacía tanto tiempo que no llovía, que un día que esto sucedió salió un baturro al centro de la calle, y poniéndose con los brazos en cruz, exclamó ansiosamente:

—¡¡Agua... hasta que Dios pueda beber a morro!!...

Manuel Carbajosa.—León.

Por una carretera, que se está arreglando, pasa un auto por-

que no hay nada que indique que se prohíbe el tránsito.

El capataz grita a los ocupantes del coche, diciéndoles que cómo, viendo la banderita, se atreven a pasar.

Los aludidos responden:

—Nosotros no hemos visto ninguna bandera.

Y entonces el capataz, sacándosela de entre la faja, se la enseña diciendo:

—Y ahora, ¿la ven ustedes?...  
Tonín Giménez.—Valencia.

Una jovencita, con el pelo a lo manolo, se acerca a un guardia y le pregunta:

—¿Me haría el favor de indicarme dónde hay una peluquería?

El guardia.—¿De señoras o de caballeros?

A. Conde.—Madrid.

Escena conyugal.

La mujer presenta la comida al marido; y éste, al ver que son sopas de ajo y que ésta es la vez número 30 que se las sirve en el mes, coge la ca-

zuela y la tira con furia por el balcón. Al momento, la mujer coge los platos y hace lo mismo.

—¡Pero, mujer! ¿Qué haces?—dice él.

—¡Es que creí que querías que comiéramos abajo!...

María Ochando.—Barcelona.

En un café:

—¿Qué te pasa, Vicente?

—¿No lo ves? ¡Que me acabo de quemar el dedo con la cerilla!... Y a propósito, ché: ¿qué te pones tú cuando te quemas?

—Yo? Pues me pongo... hecho una furia.

Vicente Aliena Lerraza, Valencia.

En un examen.

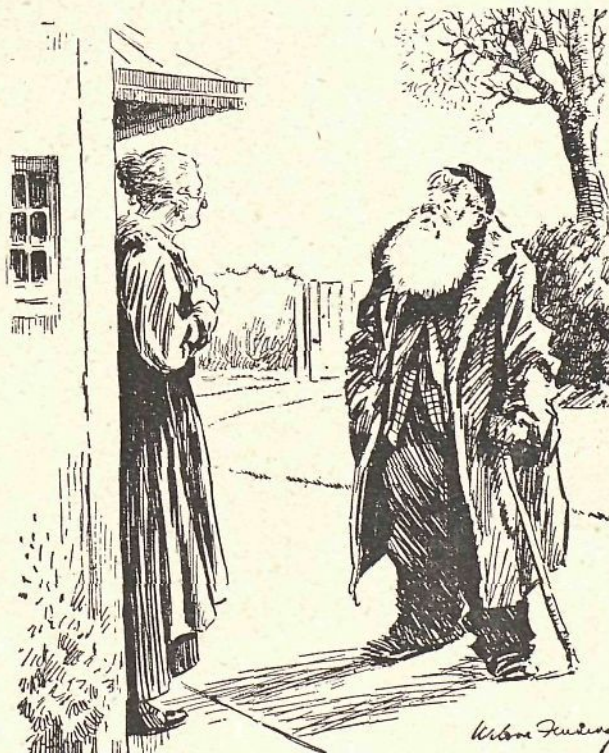
—¿Señor Pérez?

—¡Presente!

—Puede usted sacar las bolas.

—Ruego al Tribunal que me pregunte lo que guste, que las bolas ya irán saliendo.

T. A. I.—San Sebastián.



La señora.—¿No es usted el mismo a quien le di un vaso de vino añejo el viernes pasado?

El mendigo.—Sí, señora, yo soy, y vengo a ver si me quiere usted vender una botella.

## CUPON

correspondiente al núm. 326 de  
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea



**HERNIAS**  
Bragueros cien-  
síficamente.  
J Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Agosto Figueroa 8

# CAÑAS



AGUA DE COLONIA  
HIGIENICA  
**LA CARMELA**  
ELABORACION ESPECIAL  
LOPEZ CARO

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro Santiago; y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32 donde se dirigirá la correspondencia Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

A. R. D. Madrid.—Usted, anunciando el betún *Ecla*, estaría mucho más en carácter que el gigantesco y chepudo bicharra, co que lo anunciaba hace algunos años. ¿No se acuerda usted? ¡Era un camello formidable, quizás tan formidable como usted mismo!

E. B. J. Barcelona.—¿El trabajo a que usted se refiere, no es uno titulado *Hagan juego, por si conviene?*... ¡Pues no con viene!...

G. T. N. Guadalajara.—Es-cribe usted bastante peor que Romanones. ¿Cómo ha podido usted llegar a ese extremo?

R. C. S. Miranda de Ebro.—De manera que, según su autorizada opinión,  
*la mujer, joven o vieja, siempre es laboriosa abeja?*  
Absolutamente de acuerdo. ¡Y el zángano, usted!

Roque Rico.—No sirve.

Pila.—¿Qué dibujo más malo, amigo Pila!... ¡Como no saquemos de Pila más que esto, caray con el bautizo!...

Severo Juez. Granada.—Ilustre Severo Juez: eso es una estupidez.

A. N. S. Madrid.—El eximio don Francisco de Goya y Lucientes no se estremecerá en su tumba, temiendo que usted le arrebatase algo de su gloriosa fama.

Q. T. A. Valencia.—Ha sido rechazado con ímpetu formidable.

Witerico. Madrid.—Estimado Witerico: ¿por qué es usted tan borrico?

Redondo. Madrid.—Lo que tenemos que decir al señor Redondo es que su envío es redondamente infame y que no sirve. ¡Así, en redondo!

C. B. R. Cáceres.—¡Estridencias, no! ¡Cochinerías, menos! ¡Y sátira política, ni hablar!... De lo demás, puede usted mandar lo que quiera. Y nosotros le publicaremos, ¡claro está!, lo que nos dé la gana... Suponiendo que nos dé la gana de publicarle algo, que lo vemos bastante difícil...

R. Lanuza. Madrid.—¡Pero qué cosa tan rara es eso de *La otra cara!* ¡Hay que ver lo que Lanuza saca de la *cabuza!*

P. S. S. Coruña.—¿Qué usted no es un asno como otro cualquiera?... ¡Presumido!!

M. S. I. Madrid.—¡Sí, señor! ¡Sigue usted siendo tan bruto como hace tres meses, y no tenemos más remedio que

voivérselo a decir!... Realmente, eran muy pocos noventa días para convertir a un bestia en una persona decentemente vestida, y nosotros ya lo sabíamos. Conste, pues, que seguimos igual, y que aquello de *¡a la cuadra!* continúa teniendo una dolorosa actualidad, por desgracia para usted.

D. C. H. Sevilla.—Sepa usted, con el desencanto natural, que *El reloj de pesas* ha tenido la desventura de no dar la hora en esta succulenta Redacción.

A. R. C. Madrid.—Si es broma, puede pasar... Ahora bien: Aunque pase no pasa nada. Queremos decir con esto, que pasa, pero que no se publica.

Vicente. Valencia.—Querido amigo Vicente: queda aceptado su cuento. ¿Está usted, por fin, contento? ¡Pues me alegro brutalmente!

J. G. O. Huelva.—Perdone, por Dios, lo mismo que nosotros le perdonamos a usted.

J. S. L. Avila.—No sirve. Y para mí que usted lo sabe tan bien como nosotros. ¿A que sí? ¡Usted lo que es es un guasón crepuscular y carpetovetónico que quita el cráneo!

C. F. A. Bilbao.—Al final de su artículo, nos autoriza usted para enmendar lo que no nos guste de él. Pero el triste caso es que no nos gusta absolutamente nada. ¡Usted dirá qué hacemos!

L. M. R. Madrid.—El cuento que envía es más viejo que el Ministerio de Hacienda. Si insiste en enviar otras cosas, mándelas nuevecitas, o, por lo menos, en relativo buen uso.

N. O. P. Barcelona.—No es aprovechable.

Brunete. Madrid.—Nada de chulerías ni de versos castizos. Eso pasó ya a las enciclopedias como documento curioso de una época en que la gente no se lavaba los pies y presumía cuando se gastaba siete reales en un coche de punto.

M. R. L. Madrid.—Del mismo modo que has he-

[cho una oda al café con leche, puedes, con igual derecho, hacérsela al escabeche.

Y del mismo modo que no te publicamos la que has mandado, puede ocurrir que no te publiquemos la otra. Pero insist, en que pruebes, por si acaso; porque quisiéramos servirte, ¡la verdad! Ese género de odas alimenticias nos gusta. Ahora que si nos mandas el escabeche en vez de la oda, nos gustaría mucho más.



De *The Passing Show*.

—¿Tiene su marido algún traje viejo?

—Sí, pero lo lleva puesto.





# CREMA

# LIDA

# RECONSTITUYENTE

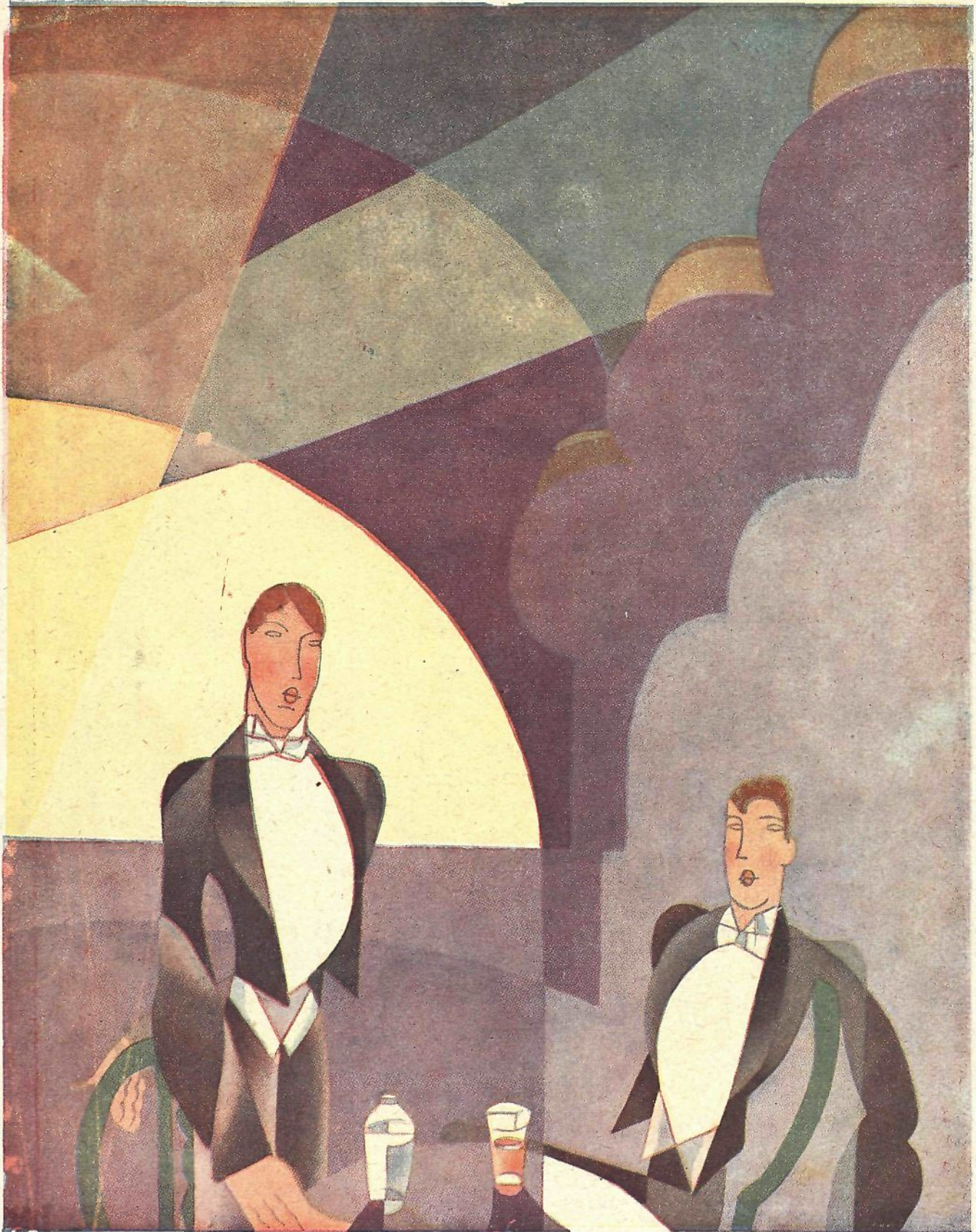
Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

**DEPOSITARIO**  
**URQUIOLA. — MAYOR, 1**  
**MADRID**

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—MADRID



# BUEN HUMOR



—¿Y dices que pertenece a la alta sociedad?  
—Sí; es socio de Peñalara.

Ayuntamiento de Madrid

*Lib. BAI.—Madrid.*